

¿Por qué no dejamos de hablar de calidad educativa? Un ejercicio de parresía filosófica

Ponencia leída en el Coloquio Estados Generales de la filosofía en Chile: enseñanza, investigación, institución.

Viña del Mar, 6 de junio 2025

Imaginemos un mundo en que falte un buen vino chileno. Este sería un mundo privado, sin duda, de algo de calidad....

Ahora bien, vivimos en un país que tiene en sus instituciones educativas mucha calidad: SIMCE, Agencia de la Calidad, Otros Indicadores de la calidad, Ley de Aseguramiento de la calidad educativa. Y recordemos que la calidad educativa fue también reivindicada por los movimientos estudiantiles entre 2006 y 2011.

Sin embargo, estamos siempre en falta de calidad, aunque esté tan presente: ¿quién nos robó la calidad educativa? Hay una novela, en inglés con este título.

A continuación, voy a resumir qué problemas han reconocido en la noción de calidad educativa dos teóricos de la educación (Gert Biesta y Peter Moss): emergerá una visión de la calidad analoga a la mirada de la Medusa, pues petrifica; entonces, buscaré plantear que es conveniente desviar la mirada del concepto de calidad educativa: podríamos dejarlo atrás sin que lo echáramos mucho de menos.

La trampa de la calidad o Medusa reinando en la educación escolar

Biesta (2019; 2021a; 2022a) plantea que el uso del concepto de calidad por parte de las políticas educativas y del debate público sufre de algunos problemas.

Antes que nada, presenta un problema retórico: es algo no objetable, uno de aquellos conceptos con el cual no se puede estar en desacuerdo y que, sin embargo, al fin y al cabo, no expresa mucho de lo que significa. Lo anterior conduce a un problema lingüístico: calidad es un término vago, un ejemplo de significativo vacío.

Lo anterior muestra que la noción de calidad implica formular un juicio respecto de lo qué consideramos bueno o no, valioso o menos valioso. Entonces, el concepto de calidad conduce a la cuestión de sus visiones subyacentes y que están en disputa entre ellas. Desde lo previo sigue que recurrir al concepto de calidad,

en línea de principio, no es una cuestión técnica, sino más bien axiológica (valores implicados), normativa (qué fin es legítimo y justificado perseguir) y que, por ende, encierra un carácter político.

Según Moss, sin embargo, es fútil tratar de convertir calidad en un concepto dinámico, abierto y basado en valores, puesto que, en la práctica, es un concepto que circula ya cargado de un significado que se despliega desde un específico set de valores y supuestos. Citando al sociólogo Rose: calidad es un ejemplo de tecnología humana en el sentido de que busca modelar la conducta de las personas para generar un cierto tipo de efectos.

Biesta no ignora este aspecto del problema y nos ayuda a darle un contenido más específico. Uno de los principales problemas del uso de la noción de calidad reside en su abordaje desde un enfoque técnico: implica la valoración de la efectividad y eficiencia de la educación que redundan en una cuantificación de la calidad: una búsqueda obsesiva respecto de generar evidencias acerca de lo que funciona. El principal problema que Biesta señala con esta opción de valores como la efectividad y eficiencia, es que son neutrales respecto de lo que un proceso como la educación debería aportar. Lo anterior, en la práctica, conduce en la proliferación de indicadores de la calidad por medir y que terminan por ser considerados definiciones de la calidad misma que, entonces, se reduce a la producción de una cierta “performance”. Al respecto, Peter Moss señala que esta performatividad de la calidad conduce algunas consecuencias de carácter político y educativo: ya no nos interesamos para quién o para qué ser efectivos y eficientes; las opciones políticas y educativas responden a una serie de mandatos de gestión y la pregunta “¿qué es lo que funciona?” se convierte en el anhelo principal, nuestro verdadero principio rector.

Biesta, entonces, desarrolla algunas reflexiones sobre estas cuestiones para poder pensarlas de manera diferente. En particular, el problema de la vacuidad performativa de la calidad educativa se puede enfrentar (y tal vez superar) solo si nos cuestionamos el para qué es la educación (y la escuela pública); se trataría de “mover desde el blando lenguaje del aprendizaje hacia la cuestión de los fines del aprendizaje, comenzando a añadir sustancia a la discusión sobre la calidad educativa” (Biesta, 2019 p. 660). Para seguir en esta operación de añadir sustancia a la calidad educativa, Biesta considera necesario el siguiente ingrediente: no deberíamos focalizarnos tanto en los resultados de la educación, sino más bien en un “argumento civilizatorio” que consiste en que los estudiantes merecen un lugar

valioso como la escuela, independientemente de los efectos o del impacto que esa puede tener, ya que vale per se, tiene algo de valioso en sí mismo.

Dentro de todo, aunque en tiempos sociales y educativos tecnologizados y estandarizados, sigue palpitando el anhelo por algo bueno, aunque sea un buen Vino tinto.

b) Desviar la mirada o vías de escape para la escuela

De lo anterior, es posible sacar algunos argumentos que nos hacen propender por abandonar el concepto de calidad educativa. Primero, para ser comprendido plenamente, el concepto de calidad requiere de una referencia sustantiva al fenómeno u objeto con el cual se vincula. El vino es un buen ejemplo de aquello. En términos conceptuales, calidad es una noción con un carácter referencial: vive de luz refleja, necesita de la cosa misma para poder expresar algo. La educación y la escuela no son objetos o productos; son más bien fenómenos que surgen con la misma humanidad, que suponen relaciones no entre tecnologías, sino entre personas libres. En educación y en la escuela no se trata nunca de encontrar las metodologías adecuadas para obtener un resultado de aprendizaje, sino de compartir saberes que abren ventanas de posibilidades de estar en el mundo y de hacer nuevo mundo.

Aunque pensáramos en el rasgo semántico de calidad como tipo de calidad o sello de algo, ya tenemos suficiente inspiración poniendo la mirada en conceptos como educación y escuela ya que encierran virtualidades que pueden, en línea de principio, buscar el despliegue de mundo y de las personas.

Ahora bien, si pensáramos en otro rasgo semántico del concepto, es decir, que calidad, además supone siempre distintos grados de calidad (este vino es mejor que este otro) cabe preguntar si el “bien” educación escolar no debería admitir variaciones de grado, sino que se trata de algo demasiado valioso y que por eso debería estar al alcance de todos. Es decir, calidad introduce subrepticamente que pueda haber una educación peor y otra mejor, nos hace perseguir la mejora continua bajo estándares de aprendizaje (en los cuales la dimensión personal de la educación se desdibuja), nos hace competir y eventualmente castiga y cierra aquellas escuelas que no logran ciertos resultados (este es un resumen de la Ley SAC de Chile).

Como escribe Marco Maurizi (profe de historia y filosofía): “una escuela de calidad” no es una escuela que renuncia a la cuantificación, sino que por el contrario hace de la calidad una *exigencia política*, en términos de conflicto respecto de los procesos de estandarización que amenazan la autonomía del trabajo docente y la posibilidad de auto-determinación de todos los sujetos personales involucrados en la escuela, estudiantes incluidos”

Es decir, a la luz de lo previo, un concepto mucho más adecuado sería el de una escuela con responsabilidad educativa: una escuela hábil en responder. Ahora bien, sabemos que responder por un estándar o por un resultado medido, no es plena responsabilidad, pues nunca un resultado es un valor cultural. ¿De qué ser escuela con responsabilidad educativa entonces? Pues de dos cosas fundamentales: responsable por todo el mundo que nos precede y por el mundo que ad-viene en todos los estudiantes.